

# **Luchas sindicales y sociales recientes en Brasil: una radiografía**

**Ricardo Antunes**

*Profesor. Universidad de Campinas, Brasil.*

La formación social brasileña, y más particularmente su patrón de acumulación industrial, se desarrollaron a partir de mediados de la década de los 50, en un proceso que se intensificó en el período posterior al golpe militar de 1964, cuando progresó con fuerza la internacionalización de la economía del país. Su estructura productiva se articula, de un lado, mediante la producción de bienes de consumo duraderos, tales como automóviles, artículos electrodomésticos, etc., para un mercado interno restringido y selectivo, compuesto por las clases dominantes y una parte significativa de los sectores medios, especialmente sus más altos estratos. De otro, se encamina a la exportación no solo de productos primarios, sino también industrializados.

Ese patrón de acumulación se estructuró desde los años 30, con el advenimiento del getulismo (Getulio Vargas, 1930-1945 y 1950-1954) y su política de industrialización del país. Proyecto burgués, nacionalista y estatizante, encaminado a cooptar las fuerzas sociales del trabajo y su subordinación a los intereses del capital y el Estado. Tras la caída de Vargas, en 1954, Brasil experimentó su primer momento de fuerte penetración

de capital extranjero, durante el gobierno de Juscelino Kubitschek (1956-1960).

Para comprender el verdadero significado del gobierno de Getulio Vargas en sus dos períodos, y sus relaciones con la clase trabajadora, tenemos que retrotraernos a 1930, cuando hizo eclosión la llamada «Revolución del 30», un movimiento político-militar que fue algo más que un golpe y menos que una revolución. Ese levantamiento marcó, a partir de entonces, el cese del dominio agrario-exportador de los barones del café, y el nacimiento de un proyecto industrial anclado en un Estado fuerte y una política nacionalista.<sup>1</sup>

Una vez victorioso y a la cabeza de un movimiento que rechazaba el dominio único de las oligarquías cafetaleras, Vargas buscó en las variadas oligarquías y fracciones burguesas disidentes la base para liderar un programa político que posibilitara el salto definitivo de Brasil, del mundo agrario-exportador al universo urbano-industrial, capaz de sustentar un nuevo proyecto para la nación.

Pero también resultaba imprescindible hallar una nueva forma de relacionarse con la clase trabajadora:

había que sacarla de su condición de «caso policial» (como decía el presidente Washington Luís, depuesto en 1930), y tratarla como una «cuestión social», colocando el trabajo en el centro de la vida nacional.

La obra más grande de ingeniería política de Getulio Vargas fue politizar la «cuestión social», sacarla del espacio exclusivo de la criminalización y de las comisarías policiales. Para llevar a efecto el proyecto industrial, nacionalista y estatal que iba a desarrollarse a lo largo de las décadas siguientes, Vargas tenía que contar con el apoyo de los trabajadores urbanos a fin de mantener su poder en un momento de fuertes disensiones entre la facción cafetalera agroexportadora, la agraria no exportadora y los sectores industriales emergentes, y halló en los tenientes otra fuerza política importante para su sustentación.

Al propio tiempo, el apoyo de los trabajadores le confería a Vargas el equilibrio necesario para mantener su proyecto de dominación burguesa de nuevo tipo. Del mismo modo que un Bonaparte, necesitaba a la clase obrera como fuerza, apoyo, ancla, en su relación con las clases que, de hecho, él representaba: las facciones agrarias tradicionales y las fuerzas industriales emergentes. Pero para representar a *los de arriba*, necesitaba el apoyo de *los de abajo*. Es ahí donde radica el papel central de la legislación social y laborista creada bajo el gobierno de Vargas, desde el inicio de los años 30 hasta la Consolidación de las Leyes Laboristas (*Consolidação das Leis Trabalhistas*, CLT) de 1943.

El getulismo demostró una enorme competencia al captar algunas de las principales reivindicaciones de los trabajadores urbanos, relaborarlas y devolverlas como un regalo del Estado. Pero para hacerlo, y atraer a la masa trabajadora, tuvo que reprimir brutalmente a las dirigencias obreras y sindicales de izquierda. Fue profundamente autocrático y dictatorial respecto a los comunistas, los anarcosindicalistas y los socialistas, blancos de una fortísima represión, especialmente durante el Estado Novo (1937-1945).

Hay que enfatizar que desde las primeras décadas del siglo XX, el movimiento obrero exigía y luchaba por una legislación social que garantizara los derechos laborales, como puede comprobarse en el heroico ejemplo de la huelga general de 1917, brutalmente reprimida por la Vieja República, en tanto tenía como núcleo dominante a los sectores agroexportadores de São Paulo y Minas Gerais.

Cuando Vargas obtuvo la victoria, la legislación laborista fue esencial para viabilizar su proyecto y, en particular, para impulsar el salto hacia la industrialización del país. Además, ese fue uno de los motivos centrales del establecimiento del salario mínimo; había que establecerlo para la acumulación industrial en Brasil y,

por otra parte, dotar al país de un sólido mercado interno, solo posible mediante esa medida.

Hay que enfatizar que los trabajadores brasileños luchaban desde hacía decenios por el derecho a vacaciones, la reducción de la jornada de trabajo, el descanso semanal remunerado, etc. Al satisfacer esas reivindicaciones, Vargas lo hizo como si fuera una dádiva para los trabajadores.

Con la legislación sindical ocurrió algo parecido: en 1931 creó la llamada Ley de Sindicalización, en la que el control y la represión impedían la participación de extranjeros en las direcciones, se controlaban las finanzas de los sindicatos y se prohibían sus actividades políticas e ideológicas. Pero, contradictoriamente, esta Ley, que reprimía a los sindicatos autónomos, concedió a otras categorías el «derecho» a organizarse en sindicatos. Valdría recordar incluso que, al decretar su legislación social, Vargas lo hizo para los trabajadores que estuvieran afiliados al sindicato oficial, desestructurando de ese modo el sindicalismo autónomo existente antes de 1930.

Puesto que estaba prohibido librar la lucha de clases, el sindicato de la era de Vargas se convirtió en un órgano asistencialista, con centros de salud, servicios, abogados, asueto, etc. La introducción del impuesto sindical y la ley de asociación sindical, consolidaron el dominio del Ministerio del Trabajo sobre los sindicatos.

Así se desarrolló el laborismo varguista, con una mezcla de dádivas, manipulación y represión. En definitiva, el mito varguista pudo desarrollarse combinando el control de la legislación sindical con las concesiones hechas en la legislación laborista. Pero eso no impidió que las luchas obreras, sociales y sindicales se impulsaran ampliamente durante el período 1930-1934.

Entre tanto, con el golpe militar de 1964, mediante la profunda represión que se desencadenó sobre la izquierda, vinculada al Partido Comunista Brasileño (PCB) y al sindicalismo bajo la hegemonía de ese partido, Brasil se insertó efectivamente en el proceso de internacionalización de su economía, abriendo su parque productivo al capital extranjero. Se puso en marcha, pues, un proyecto capitalista dependiente y subordinado, controlado por un Estado autocrático-burgués fuertemente represivo y dictatorial, que destruyó el movimiento obrero desarrollado durante los años del llamado nacionalismo getulista.

La represión del movimiento obrero y sindical era condición necesaria para que pudiera desarrollarse la expansión capitalista posterior a 1964. El creciente recorte de los salarios de los trabajadores posibilitó niveles de acumulación que atrajeron con fuerza al capital monopolista. La expansión capitalista industrial en Brasil se sustentó (y todavía se sustenta) en un proceso de sobreexplotación del trabajo, que consiste en la articulación de bajos salarios, una prolongada jornada

de trabajo (en los períodos de ciclo expansionista) y de fortísima intensidad, dentro de un patrón industrial significativo para un país subordinado. Ese modelo de acumulación, que tenía como centro la producción capitalista de bienes de consumo, se desarrolló con mucha fuerza a partir del período posterior a 1955, especialmente desde el golpe militar de 1964 y a lo largo de la década de los 70.

En resumen, el movimiento obrero y sindical en el período previo a 1964, fue predominantemente reformista, bajo una fuerte hegemonía del PCB, y que aceptaban la política de alianza policlasista entre el capital y el trabajo. Pero también este fue un período de grandes luchas sociales y huelgas, ya que, con frecuencia, el movimiento obrero desbordaba la lógica y el control del getulismo. Fueron particularmente importantes las huelgas generales de 1953 en la ciudad de São Paulo, y las desencadenadas durante el gobierno de João Goulart, el principal representante y el heredero más reformista del período getulista.

De manera prioritaria, el movimiento sindical se estructuraba con base en las empresas estatales, como las de los ferroviarios y los portuarios, puesto que esos sectores tenían una mayor presencia del PCB y de su dirigencia sindical. Con el golpe de 1964, esa dirigencia resultó profundamente reprimida y, mediante la expansión industrial de los años 50 y los 70, se desarrolló un nuevo proletariado industrial, concentrado especialmente alrededor de la industria automovilística del ABC paulista,<sup>2</sup> donde se hallaban las grandes ensambladoras.

En el período anterior a 1964, también hubo un enorme avance de las luchas populares y sociales en el campo, encaminadas a la realización de la reforma agraria. En 1955 surgió la primera Liga Campesina en Brasil, en el Ingenio Galiléia, en el Nordeste, que tenía como prioridad la defensa de los derechos de los trabajadores rurales. Un año antes se había creado la Unión de Trabajadores Agrícolas de Brasil, y poco a poco florecieron los sindicatos rurales, que luchaban por la reforma agraria, el cese del latifundio, y además, por la extensión de la legislación laborista al mundo rural, puesto que los trabajadores del campo estaban excluidos de los derechos sociales del trabajo.<sup>3</sup>

A principios de la década de los 60, mediante la ampliación de las Ligas Campesinas lideradas por Francisco Julião, se intensificó la movilización rural, que siguió siempre luchando por la reforma agraria y el cumplimiento y la ampliación de la legislación social hacia el campo. Ese movimiento se inspiraba fuertemente en la Revolución cubana. En 1963, se fundó la Confederación Nacional de Trabajadores Agrícolas (CONTAG), que fortaleció aún más la lucha de los

campesinos y de los trabajadores rurales por el cese de la concentración agraria de la tierra en Brasil.

La movilización creció mucho en los años 60 con la creación del Comando General de los Trabajadores (CGT), bajo la dirección del PCB. Además de las innumerables huelgas que desencadenó, tuvo fuerte influencia sobre los militares de base, soldados y cabos, que también amenazaron con sublevarse. De igual manera, se ampliaba la lucha estudiantil, liderada por la Unión Nacional de Estudiantes (UNE). Esta exigía la reforma universitaria y participaba activamente en las luchas sociales y políticas de Brasil. La izquierda, además del PCB, vio nacer al Partido Comunista (PC) de Brasil, que en aquel período tenía relaciones con China, aparte de varios grupos y movimientos vinculados a la IV Internacional, la izquierda católica, etc. Crecían también otras organizaciones, y ese conjunto de acciones y luchas populares presionaba al gobierno de João Goulart (1961-1964) para que realizara las «reformas de base» (reforma agraria, urbana, universitaria, etcétera).

Por consiguiente, la década de los 60 marcó un fuerte período de luchas sociales, urbanas y rurales, obreras y estudiantiles, que pugnaban por hacer avanzar la organización popular y por la conquista del socialismo. Todo eso condujo a la reorganización de los sectores burgueses que, con el apoyo norteamericano, desencadenaron el golpe militar de 1964, que dio inicio a un largo período de dictadura prolongado hasta 1985.

En su violenta represión del movimiento sindical, obrero y popular, la dictadura militar brasileña decretó la ilegalización de todos los partidos políticos y creó solamente dos partidos oficiales. Intervino diversos sindicatos, ilegalizó la CGT, la UNE, el PCB y el PC, además de anular los mandatos de varios parlamentarios vinculados a la izquierda. Se abrió un período difícil para el movimiento obrero y popular en Brasil.

## El nuevo sindicalismo

Puesto que la dictadura militar posterior a 1964 tuvo una política fuertemente privatizadora y encaminada a la expansión capitalista, ocurrió una significativa ampliación de la clase trabajadora en Brasil que constituyó, a fines de los años 70, la base social del nuevo sindicalismo, desarrollado en el decenio siguiente. Tras varios años de represión y control, en 1978 las huelgas regresaron al país con fuerte intensidad y generaron, en la década de los 80, un nuevo movimiento de los trabajadores, denominado *nuevo sindicalismo*, en el que tuvo su origen Luiz Inácio Lula da Silva. Fue un momento particularmente especial de las luchas sociales, en tanto se produjo un enorme movimiento de huelgas desencadenado por los más variados segmentos de

trabajadores, como los obreros industriales (entre los que se destacaron los metalúrgicos), los asalariados rurales, los funcionarios públicos y diversos sectores de asalariados medios. Este vasto movimiento se caracterizó por la aparición de huelgas generales por categorías (como las de los bancarios en 1995), huelgas con ocupación de fábricas (como la de la General Motors en São José dos Campos, en 1985, y la de la Compañía Siderúrgica Nacional en Volta Redonda en 1989), incontables paros por empresas, hasta que surgieron huelgas generales nacionales, como la de marzo de 1989, que incluyó a cerca de 35 millones de trabajadores y se convirtió en la más amplia y abarcadora huelga general del país.<sup>4</sup>

Paralelamente, ocurrió una notable expansión del sindicalismo entre los asalariados medios y los del sector de servicios, como bancarios, profesores, médicos, funcionarios públicos, etc., que crecieron significativamente durante ese período y se organizaron en importantes sindicatos. Ya para finales de la década de los 80 sumaban 9 833 los sindicatos en Brasil, cifra que a mediados de los años 90 se elevó a 15 972, incluyendo sindicatos urbanos y rurales, y tanto patronales como los de trabajadores. Solamente los urbanos sumaban 10 779, de los cuales 5 621 eran de trabajadores asalariados.<sup>5</sup> Se produjo un aumento significativo del número de sindicatos de trabajadores, en el que no solo sobresalieron los de obreros industriales, sino también los de los sectores asalariados medios, lo cual configuraba un aumento en los niveles de sindicalización en el país. En 1996, había contabilizados 1 335 sindicatos de funcionarios públicos, 461 de los llamados «profesionales liberales» y 572 de trabajadores autónomos.

También en el campo era posible percibir la continuidad del avance del sindicalismo rural, en ascenso desde la década de los 70, lo que posibilitó una reestructuración organizativa de los que eran trabajadores. En 1996 existían 5 193 sindicatos rurales, de los cuales 3 098 eran de trabajadores. El sindicalismo rural se desarrolló con una marcada presencia de la izquierda católica, que influyó posteriormente en el nacimiento del Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST), en 1984.

En el mundo urbano se produjo el nacimiento de centrales sindicales, como la Central Única de Trabajadores (CUT), fundada en 1983 e inspirada, en sus orígenes, en un sindicalismo clasista, autónomo e independiente del Estado. Heredera de las luchas sociales y obreras de las décadas anteriores, especialmente la de los 70, la CUT fue el resultado de la confluencia entre el nuevo sindicalismo, nacido dentro de la estructura sindical de aquel período —del que era ejemplo el Sindicato de los Metalúrgicos de São Bernardo— y el movimiento de las oposiciones

sindicales —como la Oposición Metalúrgica de Campinas y el Movimiento de Oposición Metalúrgica de São Paulo (MOMSP)— que actuaban fuera de la estructura sindical oficial y combatían su sentido estatal, subordinado, dominado y verticalizado.

El sindicalismo resurgente fue responsable, además, de que progresaran los intentos de organización en los locales de trabajo —debilidad crónica del movimiento sindical brasileño—, a través de la creación de innumerables comisiones de fábricas, entre otras formas de organización. Ejemplo de ello fueron las comisiones *sindicales* de fábricas del ABC, como la de la Ford, vinculada al Sindicato de los Metalúrgicos de São Bernardo, y las comisiones *autónomas* de São Paulo, como la de la ASAMA, bajo influencia del MOMSP.<sup>6</sup> También imprimió un avance significativo en la lucha por la autonomía y la libertad de los sindicatos respecto al Estado, ya fuese por la vía de combatir el impuesto sindical o por la de la estructura confederacional, cupulista, jerarquizada, con fuertes rasgos corporativistas, que se constituía en instrumento utilizado por el Estado para subordinar y dominar a los sindicatos. Aunque esta batalla distó de eliminar los rasgos todavía fuertes que aniquilaban la estructura sindical, particularmente durante los años 80, sus conquistas fueron bastante destacadas.

El conjunto de los elementos antes indicados permite concluir que, a lo largo de los años 80, se produjo un cuadro claramente favorable para el nuevo sindicalismo en Brasil (como *movimiento social laborista*, con fuerte carácter clasista), que avanzaba en dirección contraria al marco de crisis sindical, ya presente en varios países capitalistas desarrollados.<sup>7</sup> Aunque en los años 80 el sindicalismo brasileño anduvo, en buena medida, a contrapelo de las tendencias críticas presentes en el de esos países, ya en los últimos años de esa década comenzaban a despuntar las tendencias económicas, políticas e ideológicas causantes de que el sindicalismo brasileño se insertara en la onda regresiva, lo cual fue resultado tanto de la reestructuración productiva del capital, que estaba en curso a escala global, como de la emergencia del neoliberalismo y la nueva división internacional del trabajo, que pasó a exigir, con mayor fuerza, cambios significativos a Brasil.

## Bajo una nueva división internacional del trabajo

El proceso de reestructuración productiva del capital que tuvo lugar a escala mundial a partir de los años 70, forzó una redefinición de Brasil como país, en relación con la división internacional del trabajo, así como su (re)inserción dentro del sistema productivo global del

capital, en una fase en la que el capital financiero e improductivo se amplió, con lo cual afectó fuertemente al conjunto de los países capitalistas, en especial a los del llamado Tercer mundo, como Brasil. Por cierto, la conjugación de estos experimentos más *universalizantes*, junto con las condiciones económicas, sociales y políticas que particularizan a Brasil, acarrearán fuertes consecuencias dentro de la esfera del trabajo, en particular entre el movimiento obrero y sindical.

Si bien a lo largo de la fase de dictadura militar (1964-1985) y de la llamada Nueva República durante el gobierno de José Sarney (1985-1990), Brasil estaba aún relativamente lejos del proceso de reestructuración productiva del capital y del proyecto neoliberal, a fines de la década de los 80 ya se percibían los primeros influjos de la nueva división internacional del trabajo y del capital, que tenía lugar a escala mundial. Por eso, a lo largo de la década de los 80, el capitalismo brasileño comenzó a sufrir esos primeros cambios. Aunque en sus rasgos básicos el patrón de acumulación y su «modelo económico» siguieron siendo esencialmente los mismos, fue posible presenciar algunos cambios organizativos y tecnológicos dentro de los procesos productivos y de servicios; evidentemente a un ritmo mucho más lento del que experimentaban los países centrales. Y eso, porque hasta ese momento el país todavía estaba relativamente alejado del proceso de reestructuración productiva del capital y del proyecto neoliberal ya marcadamente en curso en los países capitalistas centrales. Por ser Brasil un país de capitalismo hipertardío, pasaba, entonces, a ser afectado directamente por los nuevos rasgos universales del sistema global del capital, y se diseñaba una nueva realidad para el capitalismo brasileño.

A partir de 1990, con la llegada al poder de Fernando Collor de Mello y su proyecto neoliberal, seguido después por Fernando Henrique Cardoso, el proceso de reestructuración productiva se intensificó enormemente, se aplicaron innumerables elementos que, en sus rasgos esenciales, reproducen el recetario neoliberal.

La administración de Collor fue de corta duración (1990-1992) debido a los enormes niveles de corrupción que caracterizaron a su gobierno. Al presidente lo depuso un vasto movimiento social y político, desencadenado a lo largo de 1992, conocido como *impeachment*. Sin embargo, en su breve período se desarrolló una fuerte política privatizadora y antisocial, retomada, dos años después, por Henrique Cardoso.

Tras el *impeachment* de Collor y el breve período en que gobernó el vicepresidente Itamar Franco, en 1994 fue electo Henrique Cardoso, quien después, en 1998, consiguió la reelección. Estuvo gobernando el país durante

ocho años. A lo largo de ese período, el parque productivo resultó enormemente alterado y reducido, debido a la intensa política de privatización del sector estatal —especialmente en la siderurgia, las telecomunicaciones, la energía eléctrica, los bancos, entre otros—, lo que alteró sobremanera el trípode sobre el que se sustentaba la economía brasileña: el capital nacional, el extranjero y el sector productivo estatal. Su política, en sintonía con el Consenso de Washington, incrementó aún más la subordinación del país a los intereses financieros internacionales, lo cual desorganizó el patrón productivo estructurado durante el período getulista. Para que se tenga una idea del significado de la reestructuración productiva y de la política de privatización, 20-25% del Producto Interno Bruto (PIB) se transfirió del sector productivo estatal al capital transnacional, rediseñando de ese modo, e internacionalizando aún más, la clase dominante de Brasil. Con un proceso tan intenso, la combinación entre neoliberalismo y reestructuración productiva del capital tuvo repercusiones y consecuencias muy profundas en el universo de la clase trabajadora, el movimiento sindical y la izquierda brasileña.

En el mundo del trabajo y en el universo productivo se aplicaron los procesos de *downsizing*<sup>8</sup> de las empresas, mediante una enorme reducción del número de trabajadores y el aumento de las formas de sobreexplotación de la fuerza de trabajo, al tiempo que ocurrían cambios en los procesos tecnológico y de la información. Se introdujeron, con gran intensidad, la flexibilización, la desregulación y las nuevas formas de gestión, lo cual indica que aunque el fordismo brasileño seguía siendo dominante, se mezcló con los nuevos procesos productivos, las formas de acumulación flexible y varios elementos oriundos del llamado «toyotismo» del modelo japonés, que se expandió hasta el capitalismo occidental de modo muy intenso y amplio.

Dados la abundancia y el excedente de fuerza de trabajo, en Brasil ese proceso de reestructuración tuvo rasgos particulares. Es cierto que la ausencia de una fuerza de trabajo «calificada» o multifuncional, en el sentido que le da el capital (apta para operar con maquinaria informatizada), en ciertas ramas productivas puede obstaculizar el progreso científico-técnico en el mundo productivo. Pero es determinante enfatizar que la combinación que se obtiene al unir la superexplotación de la fuerza de trabajo y su baja remuneración, con algunos patrones productivos y tecnológicos más avanzados constituye un elemento central para la inversión productiva de capitales.

En realidad, a los capitales productivos que actúan en Brasil les interesa la confluencia de fuerza de trabajo «calificada» para operar con equipos microelectrónicos y de patrones de sub-remuneración y explotación

**El MST se convirtió realmente en el principal catalizador e impulsor de las luchas sociales recientes y, por los fuertes lazos que mantiene con sectores sociales urbanos, ha posibilitado la reanudación de acciones sociales de masas. Su importancia y peso están relacionados con el hecho de que tiene como centro de su actuación la organización de base de los trabajadores del campo y no la acción institucional o parlamentaria.**

intensificada, así como de condiciones plenas de flexibilización y precarización de la fuerza de trabajo. En síntesis, se trata de garantizar la vigencia de la sobreexplotación del trabajo, combinando la obtención de plusvalía relativa con la ampliación de las formas de obtener plusvalía absoluta; es decir, combinando el progreso tecnológico con la prolongación e intensificación del ritmo y la jornada laboral.

Las mutaciones en el proceso productivo y en la reestructuración de las empresas, desarrolladas dentro de un ámbito muchas veces recesivo, conllevaban un proceso de desproletarización de importantes contingentes obreros, además de la precarización y la intensificación aún más acentuadas de la fuerza de trabajo, de lo cual es un buen ejemplo la industria automovilística. En lo que respecta al ABC paulista —la zona industrial más importante del país, donde se encuentran las principales empresas automovilísticas—, en 1987 existía un universo proletario de más de 200 000 metalúrgicos, y en 2004 el contingente era inferior a los 100 000 trabajadores. En Campinas, otra importante región industrial en el estado de São Paulo, en 1989 había aproximadamente 70 000 obreros industriales en la rama metalúrgica; en 2004, ese número se había reducido a cerca de 37 000. También fue notable la reducción de los trabajadores bancarios, en función del ajuste en ese sector y del incremento tecnológico: si en 1989 existían más de 800 000 bancarios (aunque a mediados de los 80 la cifra era de un millón de trabajadores), en 2004 ese número se había reducido a cerca de 400 000, y la tendencia sigue acentuándose.<sup>9</sup>

Las propuestas de desregulación, flexibilización, privatización acelerada y desindustrialización, tuvieron un fuerte impulso, inicialmente, en el gobierno de Fernando Collor de Mello y después en el de Fernando Henrique Cardoso, debido a que, cada uno a su modo, adoptó y siguió, en lo esencial, una política de corte neoliberal, antiestatal y de privatización. Paralelamente a la contracción de la fuerza de trabajo industrial, aumentaron también el subproletariado, los tercerizados

y los subempleados; o sea, las distintas modalidades del trabajador precarizado.

Ese proceso de reestructuración productiva, que afectó a la casi totalidad de las ramas de la producción y/o los servicios, acarreó también alteraciones significativas para la estructura de los empleos en Brasil. Aunque durante la década de los 70, durante el auge de la expansión del empleo industrial, el país llegó a poseer cerca de 20% del total de empleos en la industria de transformación, veinte años después esa industria absorbía menos de 13% del total de la ocupación nacional. Aún como resultado del proceso de reconversión económica, a lo largo de los años 90 se registraron nuevas tendencias en las ocupaciones profesionales. Al crecer la inserción de la economía brasileña en la competencia global,

la economía nacional comenzó a convivir, por primera vez desde los años 30, con la pérdida absoluta y relativa de puestos de trabajo en la industria de la manufactura. Entre las décadas de los 80 y los 90, por ejemplo, la economía brasileña perdió cerca de 1,5 millones de empleos en el sector de las manufacturas.<sup>10</sup>

Paralelamente a la contracción del empleo industrial, entre las décadas de los 80 y los 90, como promedio, los servicios aumentaron en 50% su participación relativa en la estructura de ocupaciones, encaminada en buena medida al sector informal, que incorporó cantidades notables de trabajadores, sobre todo en el comercio, las comunicaciones y el transporte. Según Pochmann:

En la década de los 90, los servicios pasaron a absorber más puestos de trabajo, sin compensar, por ello, la destrucción de empleos que se verificaba tanto en el campo como en la industria. Actualmente, el aumento del desempleo abierto refleja justamente la incapacidad de la economía brasileña para generar un monto significativo de puestos de trabajo, a pesar de que el sector de los servicios sigue absorbiendo una parte de los trabajadores, que anualmente ingresan al mercado de trabajo o que resultan cesanteados en los sectores industrial y agropecuario.<sup>11</sup>

Si bien en 1999 Brasil ocupaba el tercer lugar en el volumen de desempleo abierto, que representaba 5,61% del total del desempleo global —y su población

económicamente activa (PEA) constituía 3,12% de la mundial—, en 1986 ocupaba el décimotercer puesto en el desempleo global, o sea, 2,75% de la PEA global y 1,68% del desempleo mundial.<sup>12</sup>

Por lo tanto, a partir de los años 90, con la intensificación del proceso de reestructuración productiva del capital en Brasil, bajo la conducción política en conformidad con el ideario y la praxis definidos en el Consenso de Washington y seguidos por los gobiernos de Collor y Cardoso, fuimos testigos de varias transformaciones, lo cual permite afirmar que, en la etapa actual del capitalismo brasileño, se combinan los procesos en los que se exprime de manera enorme a la fuerza de trabajo, con las mutaciones sociotécnicas del proceso productivo y de la organización social del trabajo.

La flexibilización, la desregulación, la tercerización, las nuevas formas de gestión de la fuerza de trabajo, etc., se hicieron presentes con gran intensidad, lo que indicaba que, si bien el fordismo parece todavía dominante cuando se mira el conjunto de la estructura productiva industrial y de servicios en el país, también se mezcla con nuevos procesos productivos, como consecuencia de la liofilización organizativa, de los mecanismos de acumulación flexible y de las prácticas «toyotistas» que fueron parcialmente asimiladas por el sector productivo brasileño.<sup>13</sup>

## Los nuevos movimientos sociales: el MST

Esta nueva realidad volvió más defensivo y restó entusiasmo al nuevo sindicalismo, que se hallaba, de un lado, enfrentando la emergencia de un sindicalismo neoliberal, expresión de la nueva derecha y en sintonía con la onda mundial conservadora, de lo cual Força Sindical (central sindical creada en 1991) es el mejor ejemplo. Y, de otro, enfrentaba la inflexión que venía ocurriendo, desde la década de los 90, dentro de la CUT, inspirada por su tendencia mayoritaria: la Articulación Sindical, cada vez más cerca de los modelos de sindicalismo socialdemócrata europeo. Y aunque ese sindicalismo contractualista intente presentarse como posible alternativa para combatir el neoliberalismo, se aproxima cada vez más a la agenda neoliberal, como lo prueban varios ejemplos recientes de la práctica de la CUT en Brasil.

Sería necesario agregar el significado político e ideológico de esta posición, que condujo al Sindicato de los Metalúrgicos del ABC a defender la idea de tributar menos al capital vinculado a la industria automovilística como forma de dinamizarla y de ese modo conservar empleos. Sabemos que cuando disminuyen los tributos al capital, se reduce el monto

de los recursos públicos destinados a la salud, la seguridad social y la educación públicas.<sup>14</sup>

En los sectores claramente socialistas y anticapitalistas dentro de la CUT, también hubo desafíos y dificultades de gran envergadura a lo largo de la década de los 90, pero se dieron importantes ejemplos de resistencia y salvaguarda de la posición clasista, como fue el caso del Sindicato de los Metalúrgicos de Campinas, que siempre se mantuvo contrario a las negociaciones y a los pactos con el gobierno y el capital. Se trata de un sindicato importante, organizado en un centro industrial fuerte de Brasil y estructurado como *movimiento sindical, social y político de base, clasista y socialista*, con un papel relevante dentro de la CUT por su oposición a la política colaboracionista y socialdemócrata de esta, y que constituye un importante polo de resistencia dentro del conjunto del sindicalismo brasileño.

Ese mismo desafío —el de pensar en una alternativa crítica y contraria al capital y su política— sentó la pauta de la actuación del Sindicato de los Metalúrgicos de São José dos Campos, otra importante ciudad industrial donde se ubica la fábrica de la General Motors, en la que el Sindicato de los Metalúrgicos llevó a cabo un esfuerzo expreso, con el fin de unificar y articular de manera más efectiva al conjunto de sectores socialistas y anticapitalistas existentes dentro de la CUT, durante la década de los 90.

Por otra parte, fue en el universo de las luchas sociales en el campo donde emergió, a lo largo de las últimas décadas, el más importante movimiento social y político de Brasil. Creado en 1984, el Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST) hizo renacer y resurgir la lucha de los trabajadores del campo y la convirtió en el centro de la lucha política de clases en Brasil, en la década de los 90.<sup>15</sup>

El MST se convirtió realmente en el principal catalizador e impulsor de las luchas sociales recientes y, por los fuertes lazos que mantiene con sectores sociales urbanos, ha posibilitado la reanudación de acciones sociales de masas. Su importancia y peso están relacionados con el hecho de que tiene como centro de su actuación la organización de base de los trabajadores del campo y no la acción *institucional o parlamentaria*. La acción institucional es consecuencia de la lucha social y jamás a la inversa.

Aunque el MST sea un movimiento de trabajadores rurales, ha incorporado cada vez más a los obreros excluidos de la ciudad, que regresan al campo (en esta inversión del flujo migratorio en Brasil), expulsados por la «modernización productiva» de las industrias, lo cual trae como resultado una síntesis que aglutina y articula experiencias y formas de sociabilidad oriundas del mundo del trabajo rural y urbano.<sup>16</sup>

En lo referido a su estructuración política, el MST resulta de la fusión de la experiencia de la izquierda católica, vinculada a la Teología de la Liberación y a las comunidades eclesiales de base, pero cuenta también con militantes formados ideológicamente dentro del ideario y la praxis de inspiración marxista, que retoman sus dos vertientes más importantes de las luchas sociales recientes. Además, tiene una *estructuración nacional*, con una fuerte base social que le imprime dinamismo, vitalidad y movimiento y, de ese modo, les posibilita a los trabajadores vislumbrar una vida cotidiana dotada de sentido, en la medida en que les permite luchar por algo muy concreto: la posesión de la tierra a través de la acción y la resistencia colectivas, que centran su acción en torno al eje de las *luchas sociales concretas*, afrontando cotidianamente la estructura agraria concentrada. Ello lo conduce a combatir la propiedad privada de la tierra.

Puesto que en Brasil existen aproximadamente 4,8 millones de familias sin tierra, la lucha por las ocupaciones ha ido en aumento, particularmente desde que el MST comenzara a estructurarse a nivel nacional. Si en 1987 ocuparon tierras 11 849 familias, en 1997 el total fue de 58 226. Por ese motivo, la cuestión agraria volvió a ser tema central de la lucha social y política del país, como se puede percibir en el cuadro que exponemos a continuación, que ilustra el progreso de la lucha por la tierra en Brasil.

En toda su historia de luchas, desde 1984 hasta fines de 2004, el MST realizó más de 2 000 ocupaciones de latifundios, llevadas a cabo por cerca de 300 000 familias, que conquistaron más de 7 millones de hectáreas de tierra. Existen cerca de 500 campamentos con más de 100 000 familias de trabajadores sin tierra, que continúan su lucha para transformar la propiedad de la tierra y modificar la estructura del poder. El MST articula, simultáneamente, la lucha por la posesión de la tierra, la acción por el cambio de la política económica del país, realiza una fuerte campaña contra el ALCA y combate intensamente la producción de transgénicos.

Por eso el MST es el más importante movimiento social y político del país, capaz de ayudar en la organización de otros movimientos populares, como los de los sin techo o los de sin trabajo, aparte de desempeñar un importante papel en las luchas sociales latinoamericanas y mundiales, por la Vía Campesina, con la participación en el Foro Social Mundial y en las luchas antiglobalización.

En el gobierno de Fernando Henrique Cardoso, la oposición del MST fue decisiva. Durante el gobierno de Lula, aunque el MST participó en su elección, desencadenó un amplio movimiento de ocupación de tierras, con lo cual muestra que el gobierno de Lula ha tenido una actuación que en nada se diferencia, esencialmente, del gobierno de Cardoso. Aunque el

MST le ha brindado hasta ahora un apoyo crítico al gobierno de Lula, ya es posible percibir, desde fines de 2004, que esa posición comienza a variar. Como en los casos de todos los demás movimientos sociales, es enorme el descontento respecto al gobierno.

## El camino de las concesiones

Contando con el apoyo de las principales corrientes de la izquierda brasileña, Lula se consagró como victorioso en 2002, tras un período de enorme desertificación social, política y económica, como consecuencia de la implantación del neoliberalismo en las etapas de Collor y de Cardoso. Esa victoria ocurrió, además, en un contexto internacional y nacional bastante diferente al de la década de los 80, cuando Brasil presenciara, como vimos, un ciclo importante de luchas sociales.

Si en 1989, cuando Lula fue candidato a la presidencia de la República por primera vez, Brasil se encontraba en un fuerte ciclo de luchas obreras, sindicales y políticas de las que fueron ejemplos el nacimiento del PT, la CUT, el MST, además de un significativo movimiento huelguista de ámbito nacional —en fin, en una fase de amplias luchas sociales—, en 2002 el cuadro era bastante diferente, puesto que presenciábamos un relativo retroceso por parte de estos movimientos, como el propio PT, que vivió un fuerte proceso de institucionalización y moderación.

Como parte del proceso de institucionalización, al aplicar su política electoral, el PT realizó una serie de concesiones políticas impensables en las elecciones de 1989, y ahora consideradas necesarias para alzarse con la victoria. El PT, y particularmente Lula, definieron que, para que el Partido alcanzara la victoria electoral, se requería una política de alianzas muy amplia con varios sectores del centro e incluso de la derecha. Con independencia de muchos de los valores que marcaron su génesis, el PT implantó una línea dentro del orden, adaptándose a esta fase histórica de institucionalización de su política.

Cuando el gobierno de Cardoso llegó, en 2002, a un acuerdo con el FMI —y puesto que este órgano exigió que los candidatos a la presidencia manifestaran su visto bueno a los términos y las condiciones del acuerdo—, el PT de Lula publicó la *Carta a los brasileños*, en la que dejaba clara su adhesión al acuerdo, con lo cual evidenciaba su política de subordinación al FMI y a los sectores financieros internacionales. El Brasil de Lula, para ganar las elecciones, tendría que integrarse a la llamada fase de *mundialización del capital*<sup>17</sup> y adaptarse al mundo globalizado y a sus intereses dominantes.

Por lo tanto, en su acción político-electoral, el PT hizo muchas concesiones para vencer, y se alió, además de a varios partidos de izquierda, al Partido Liberal (PL), pequeña agrupación política de centro-derecha. Como consecuencia, se produjo la fuerte oposición de sectores de base del PT, los movimientos sociales, el sindicalismo de clase y el MST. Pero esa política, vista con fuerte desconfianza por las bases sociales, fue impuesta por la dirección y los sectores mayoritarios del PT, que la consideraron inevitable para obtener la victoria electoral en 2002.

Valga recordar que Brasil es un país donde existe un enorme conservadurismo, particularmente en sus segmentos dominantes y de propietarios, dotados de rasgos casi prusianos, que siempre procuran impedir que ocurran los cambios indispensables para el rescate de la dignidad de la clase trabajadora. En ese contexto, aunque la victoria electoral y política de Lula y del PT tuviera un significado real y simbólico muy marcado —puesto que se trataba de una victoria, por primera vez en la historia de Brasil, de una candidatura de origen obrero— ya nació prisionera de una política de conciliación, como resultado de una acción institucionalizada, electoralista y cada vez más alejada de los intereses de la clase trabajadora, del mundo del trabajo y de las luchas sociales que le habían dado origen.

A principios de 2005, habiendo transcurrido más de la mitad del mandato del gobierno de Lula, ¿qué es lo que se puede ver? ¿Cuáles fueron sus principales medidas? ¿Actuó el gobierno en el sentido de avanzar en la conquista de las luchas sociales y populares o, por el contrario, aumentó la subordinación de Brasil a la dependencia externa?

Los resultados son los peores posibles: se amplió intensamente el desempleo en los dos primeros años de gobierno, que llegó a más de 2 millones de nuevos desempleados (a fines de 2004, Brasil tenía cerca de 12 millones de trabajadores desempleados).

Las pérdidas salariales han erosionado aún más las condiciones de vida, ya degradadas, de los trabajadores. En lugar de iniciar una nueva era de desmontaje del neoliberalismo, nos empantanamos en la continuidad del nefasto proyecto de desertificación social y política del país, iniciado por Collor, desarrollado por Cardoso y ahora mantenido por el gobierno del PT. Se consolida, una vez más, el proceso de cooptación de lo mejor que las clases trabajadoras crearon en las últimas décadas. La política económica, por ejemplo, es de destrucción del mundo productivo en beneficio de los capitales financieros, y reitera la dependencia respecto a los dictámenes del FMI. La inhumana concentración de tierras se mantiene sin cambios, y en el campo aumentan los asesinatos. El sentido público y social del Estado está siendo desmantelado paso a paso.

La acción que el gobierno del PT realizó con mayor virulencia fue el desmontaje de la política de seguridad social mediante la creación y la incentivación de fondos de pensiones privados para los funcionarios públicos. Es importante recordar que la privatización de la seguridad social fue impuesta por el FMI y aceptada por el gobierno de Lula, lo que significó una ruptura con sectores importantes del sindicalismo de los trabajadores públicos, que a partir de ese momento, pasaron a ejercer fuerte oposición al gobierno. Aparte de una notable manifestación contra el gobierno, en Brasilia, con más de 40 000 trabajadores, muchos de ellos, militantes de base, abandonaron el PT y comenzaron a romper también con la CUT. En ese contexto nació el Partido Socialismo y Libertad (PSOL), integrado por antiguos militantes del PT que se pasaron a este nuevo partido, a partir de la política llevada a cabo por el gobierno de Lula.

¿Cuáles fueron las razones de fondo para que se combatiera la reforma de la seguridad social?

En primer lugar, no significó una reforma con un sentido universal y público, sino una contrarreforma de contenido fiscalista, que eliminó derechos de los funcionarios al transferir recursos públicos al sistema privado de seguridad social, y al incentivar los fondos de pensiones, que son los mayores beneficiarios de esta propuesta. Por lo tanto, se trata de una reforma privatizadora que incentiva el sistema financiero del país, imaginando que con eso va a servir de palanca al capitalismo brasileño, asociando el sistema financiero, los fondos de pensiones y el sindicalismo de negocios.

En segundo lugar, cualquier gobierno de izquierda que efectivamente quisiera disminuir el desempleo, actuaría con el objetivo de reducir la jornada y los años de trabajo para obtener la seguridad social, como reivindican los trabajadores y los sindicatos en todo el mundo. Lo que hizo la reforma del gobierno de Lula, por el contrario, fue prolongar la edad necesaria para recibir el derecho a la seguridad social.

En relación con los transgénicos, a contrapelo de todo su pasado, el gobierno del PT se doblegó y cedió ante las transnacionales, como la Monsanto, al liberar su cultivo en Brasil. Y en lo que respecta a su política hacia al ALCA, que debería ser de clara oposición y enfrentamiento, tal como el PT se proyectaba en el pasado, su acción se volvió incierta y tímida, muy lejos de lo que podía esperarse de un gobierno democrático y popular.

Por si lo anterior fuera poco, el gobierno de Lula ha estado defendiendo la flexibilización de las leyes de trabajo, como vienen exigiendo los capitales transnacionales, y su política social está en la línea de lo que podría llamarse un gobierno neoliberal que corta brutalmente los recursos para la educación, la salud y la

seguridad social, con vistas a garantizar la política de superávit fiscal que exige el FMI.

En cuanto a la política salarial, que particulariza el capitalismo brasileño a través de la superexplotación del trabajo y de salarios degradantes, el salario mínimo propuesto por el gobierno, para mayo de 2005, está cercano a los 100 dólares, uno de los más bajos de América Latina, incluso sabiendo que Brasil representa hoy la décimoquinta economía del mundo.

En su política económica, que se propone el pago íntegro de los intereses de la deuda externa, tal como exigen el FMI y el mundo del capital financiero, el gobierno de Lula realiza e intensifica la misma política fiscalista aplicada durante los ocho años del gobierno de Cardoso. Su mayor preocupación ha sido controlar el «riesgo Brasil» y agrandar a los mercados internacionales. Como consecuencia, ha aumentado el desempleo, que sobrepasa los niveles de 20% en las grandes ciudades, como São Paulo y otras capitales estatales, y una creciente informalidad del trabajo, cuya tasa es superior a 50% del conjunto de la población económicamente activa, que es 80 millones de trabajadores.

En el segundo semestre de 2004, aunque se haya observado un crecimiento económico en Brasil, hay que recordar que este tiene lugar según el recetario del FMI, manteniendo la estructura de concentración de la riqueza y aumentando enormemente el número de pobres. Nuestra estructura de clases se alteró aún más: el capital está todavía más concentrado en las clases burguesas, en tanto ocurrieron un gran empobrecimiento de las clases medias y una creciente pérdida de salario de la clase obrera.<sup>18</sup>

Si el gobierno de Lula optara por enfrentar de manera efectiva el desempleo, tendría que combatir tanto sus elementos *estructurales* como los *coyunturales* que están en su raíz. Puesto que el objetivo básico de las empresas es acumular capitales racionalizando la producción, esto las conduce a producir sus mercancías con un número cada vez menor de trabajadores, con lo cual obtienen un aumento de productividad y ganancias. El resultado es evidente: mientras más «moderna» es la empresa, menor resulta el contingente de *trabajo vivo* y mayor el volumen de *trabajo muerto*, con lo cual aumenta significativamente el *desempleo estructural*. O bien se combate esa lógica, o se vuelve parte de ella; no hay otra alternativa. El gobierno de Lula, a contrapelo de toda su trayectoria anterior de resistencia en defensa de los trabajadores, optó por lo segundo.

Aparte de esa causa estructural, hay otro elemento, coyuntural, que motiva desempleo: las políticas económicas vigentes —y Brasil no es una excepción—, siguen el recetario neoliberal impuesto por el FMI, los Estados Unidos y los capitales financieros. El resultado es el aumento del desempleo en prácticamente todas

partes del mundo, además de la creación de una monumental sociedad de precarizados y desempleados.

Para comenzar a combatir con efectividad el problema, habría que avanzar en la elaboración de una política económica alternativa, contraria al neoliberalismo, cuyos aspectos centrales pueden resumirse como sigue:

- Eliminar la sobrexplotación del trabajo, con el inicio de una política de salario mínimo que rescate en alguna medida la dignidad de los trabajadores.
- Emprender una reforma agraria amplia y profunda que desmonte la estructura altamente concentradora y elitista de la propiedad de la tierra.
- Enfrentar con coraje la hegemonía del capital financiero y especulativo, incentivando las experiencias de producción encaminadas a crear valores de uso, cosas útiles o socialmente necesarias.
- Recuperar el sentido público, colectivo y social de las actividades estatales, a contrapelo de la lógica de privatización vigente desde el gobierno de Collor.
- Reducir la jornada laboral *sin reducción de salario*. Ello, ciertamente, no eliminará de un solo golpe el flagelo del desempleo, pero podrá minimizar sus efectos devastadores sobre la clase trabajadora brasileña.

Si el gobierno de Lula hubiera iniciado mínimamente estas acciones, habríamos podido ser testigos de una verdadera reducción del desempleo en Brasil. Este, sin embargo, no hizo más que acentuarse, porque la política económica y el proyecto político del PT y de Lula, en el poder, avanzan en sintonía con el proyecto del llamado social-liberalismo, tan neoliberal como profundamente antisocial.

Sabemos que en la era de la mundialización del capital, las empresas transnacionales exigen a los gobiernos nacionales que flexibilicen la legislación del trabajo, con la consecuente precarización de las condiciones laborales. Ese es uno de los papeles que todavía les está reservado a los gobiernos nacionales: adecuar las condiciones de trabajo de sus respectivos países a las exigencias del sistema global del capital y de su proceso de acumulación.

Por consiguiente, la pregunta podría plantearse de este modo: ¿cederá el gobierno de Lula a las exigencias de los capitales, tanto transnacionales como nacionales, flexibilizando y precarizando aún más la legislación social y laborista brasileña, o avanzará en dirección a un Código del Trabajo que preserve las conquistas logradas a lo largo de muchas décadas (o siglos, incluso, si recordamos que las luchas sociales se iniciaron en Brasil a mediados del siglo XIX)?

Por las propuestas que presentó el gobierno, a fines de 2004 e inicios de 2005, pudimos ver que, también en la cuestión de la legislación social, el gobierno de Lula está totalmente de acuerdo con las exigencias del FMI.

La reforma laborista elaborada por el Foro Nacional del Trabajo con representantes de «trabajadores, empresarios y gobierno», todos escogidos por el gobierno del PT, es la negación de lo que la CUT y el PT defendían durante los años 80; en síntesis, la negación de la autonomía, la libertad y la independencia sindicales. Dividido en dos partes: el desmontaje comienza por la reforma sindical, después tocará el turno a la reforma laborista. Tiene al menos tres aspectos nefastos:

- Es extremadamente cupulista, pues transfiere a las centrales sindicales el poder de negociación de los derechos de los trabajadores y restringe la participación de los sindicatos y de las asambleas de base para realizar los acuerdos de clase.
- Las centrales pasan a ser definidas a partir de su representación, lo cual golpea cualquier posibilidad de ejercer autonomía y libertad sindicales, al establecer límites mínimos para la representación de los sindicatos.
- El impuesto sindical y las contribuciones asistenciales son sustituidos por la llamada Contribución de Negociación Colectiva (de hasta 1% de la renta líquida del trabajador en el año anterior), con lo cual se afecta el deseo fundamental del sindicalismo autónomo: la libre y voluntaria cotización de los trabajadores para la manutención de los sindicatos.

Se trata, por tanto, de una «reforma sindical» que preserva e intensifica el verticalismo, el cupulismo y el burocratismo de las centrales sindicales. Con ello se impide el nacimiento de nuevos organismos de base y se restringe aún más la acción autónoma de los trabajadores.

De ese modo, el gobierno de Lula, que podría haber iniciado efectivamente la lucha contra el neoliberalismo en Brasil y, por esa vía, contribuir a la lucha de los pueblos de América Latina contra la barbarie del capital, se convirtió en su prisionero y es hoy, a inicios de 2005, un fuerte e inesperado instrumento del neoliberalismo en América Latina.

Traducción: David González.

## Notas

1. Ricardo Antunes, *Classe Operária, Sindicatos e Partidos no Brasil (da Revolução de 30 até a ANL)*, Cortez, São Paulo, 1982; Luiz W. Viana, *Liberalismo e Sindicato no Brasil*, Paz e Terra, São Paulo, 1976; Florestan Fernández, *A Revolução Burguesa no Brasil*, Zahar, São Paulo, 1975.

2. ABC: fusión entre los sindicatos de los metalúrgicos de São Bernardo, Santo André y São Caetano.

3. Caio Prado, *A Revolução Brasileira*, Ed. Brasiliense, São Paulo, 1966.

4. En el año 1987, por ejemplo, ocurrieron 2 259 huelgas, y en 1988, se paralizaron 63,5 millones de jornadas de trabajo. Véase Ricardo Antunes, *O Novo Sindicalismo no Brasil*, Pontes, Campinas, 1995; y Edilson Gracioli, *Um Caldeirão Chamado CSN*, Edufu, Uberlândia, 1997.

5. Según datos del Ministerio de Trabajo, en *O Estado de São Paulo*, 8 de septiembre de 1996, p. b3.

6. Véase Arnaldo Nogueira, *A Modernização Conservadora do Sindicalismo Brasileiro*, Educ/FAPESP, São Paulo, 1998.

7. Ricardo Antunes, *O Novo Sindicalismo no Brasil*, ob. cit.; *Addio al lavoro?*, BFS/Biblioteca Franco Serantini, Pisa, 2002.

8. En inglés en el original: «reducción de la escala». [N. del T.]

9. Liliana Segnini, *Mulheres no Trabalho Bancário*, Edusp/FAPESP, São Paulo, 1998; Nise Jinkings, *Trabalho e Resistência na Fonte Misteriosa*, Unicamp, Campinas, 2002.

10. Marcio Pochmann, «Nova Divisão Internacional do Trabalho e as Ocupações no Brasil», Unicamp, mimeo, 2000. Véase también Giovanni Alves, *O Novo e Precário Mundo do Trabalho*, Boitempo, São Paulo, 2000.

11. Marcio Pochmann, ob. cit.

12. Marcio Pochmann, ob. cit., y *O Emprego na Globalização*, Boitempo, São Paulo, 2001.

13. Thomas Gounet, «Luttes Concurrentielles et Stratégies D'accumulation dans L'industrie Automobile», *Études Marxistes*, n. 10, Bruselas, mayo de 1991; «Penser à L'envers... Le Capitalisme», «Dossier Toyotisme», *Études Marxistes*, n. 14, Bruselas, mayo de 1992.

14. Véase José de Lima Soares, *Sindicalismo no ABC Paulista: Reestruturação Produtiva e Parceria*, Centro de Educação Popular, Brasília, 1998.

15. Véase Ricardo Antunes, *Os sentidos do trabalho. Ensaio sobre a afirmação e a negação do trabalho*, 7ª edición, Boitempo, São Paulo, 2003.

16. James Petras, «Latin America: The Resurgence of the Left», *New Left Review*, n. 223, Londres, 1997.

17. François Chesnais, *A Mundialização do Capital*, Xamã, São Paulo, 1996.

18. Ricardo Antunes, *A Desertificação Neoliberal no Brasil: Collor, FHC y Lula*, Autores Associados, Campinas, 2004; Francisco Oliveira, *Crítica à Razão Dualista/O Ornitórrinco*, Boitempo, São Paulo, 2003.